

neracion en que entonces estaban las reliquias; veneracion que en cuanto al fondo venia de la santa antigüedad: pero es preciso confesar, que de este nuevo modo de proceder se siguieron bastantes abusos. Se hurtaban las reliquias en las traslaciones, y se empleaban violencias y supercherías para acreditar su propia iglesia á costa de las otras, y algunas veces se espusieron al culto de los fieles reliquias supuestas. No perdonaban cuidado, fatiga, ni gasto para lograr reliquias los personajes mas distinguidos é ilustrados. Hilduino, abad de San Dionisio, de San German de los Prados, de San Medardo de Soissons, y archi-capellan ó limosnero mayor de Francia, que habia logrado en un viage á Roma la amistad del Papa Eugenio, creyó que no la podía emplear mejor que en conseguir del Pontífice alguna célebre reliquia. Volviendo á Francia quiso autorizarse con nuevo título, y consiguió carta de recomendacion del emperador Luis; la entregó al preboste de su abadía de San Medardo llamado Rodoin y le hizo partir á Roma con el encargo de pedir el cuerpo de San Sebastian (1). Al principio tuvo dificultad el Papa en privar á la Iglesia de Roma de las tan veneradas reliquias de este ilustre mártir; mas no pudiendo negarse al emperador, cedió por último, y llevada la reliquia á Francia, fué colocada con la mayor solemnidad en la iglesia de San Medardo. Se cuentan muchos milagros que hizo en el camino, y muchos mas despues de su llegada. El preboste Rodoin, mas curioso de conseguir reliquias que su abad, á quién él mismo habia empeñado en esta empresa, no contento con lo que le daban por gracia, se llevó furtivamente el cuerpo del Papa San Gregorio, sobornando con dinero á los que le guardaban. Esto no obstante, se dice que todavía

(1) Bolland. tom. 2, pag. 278.

este cuerpo y el de San Sebastian están en Roma, lo que dá motivo para presumir que los romanos entregaron á los franceses una parte del uno y del otro, como Adon, autor contemporáneo, lo dice espresamente, hablando de San Sebastian.

Eginardo, antiguo secretario de Carlo-Magno, uno de los mas grandes señores de la corte, de los mas virtuosos y de los mayores hombres de su siglo, se tomó igualmente grandes cuidados para conseguir reliquias estrangeras (1). Muerto su poderoso bienhechor, vivia él en su retiro separado de su muger y ocupado en la administracion de muchas abadías. Acababa de edificar la iglesia del monasterio de Michlenstad, entre el Mein y el Necker; y deseando conseguir las reliquias de algun Santo á quien dedicarla, envió á buscarlas á Roma. Pasaron sus comisionados por Soissons, y se llevaron por compañero un sacerdote llamado Hun; y llegados á Roma las buscaron en los cementerios fuera de la ciudad, y se llevaron secretamente los cuerpos de los Santos mártires Pedro exorcista, y Marcelino, presbitero (2). El sacerdote de Soissons, que creyó no estar obligado á la fidelidad para con los cómplices de su robo, quitó parte del cuerpo de San Marcelino: bien que Hilduino le hizo restituir á Eginardo. Este colocó los santos cuerpos primero en Michlenstad segun de antemano habia resuelto, y despues creyendo haber reconocido por dos milagros que no era voluntad de Dios que permaneciesen allí, los trasladó al cabo de algunos meses al monasterio de Mulinheim ó Selgenstad, del cual tenia tambien la administracion. Era hombre letrado, y habiendo escrito entre otras obras la vida de Carlo-Magno y una parte de los anales de Francia, compuso la historia de estas tras-

(1) Act. SS. Bened. tom. 5, pag. 44.

(2) Tillem. tom. 1, pag. 199.

laciones, en la que cuenta una larga serie de prodigios, que sucedieron en todos los lugares en donde distribuyó alguna parte de estas reliquias. Por el mismo tiempo salió una infinidad de historias de mártires y de otros Santos, las que se esparcieron por todas partes, unas para hermohear las antiguas, y otras se hicieron nuevas porque faltaban. De aquí procedieron tantas leyendas apócrifas que dando á la verdad cierto aire de fábula, casi imposibilitaron á la mas sana critica de hacer el discernimiento, y á la falsa critica la dieron especiosos pretextos para despreciar sin distincion unas y otras.

Ansegiso, francés ilustre por su nacimiento y sus talentos, habia tenido la intendencia de los edificios del emperador á las órdenes de Eginardo (1); pero dejó el mundo y abrazó la vida monástica en la abadía de Fontenelle ó San Vandrillo, y despues fué abad de San Sisto de Reims y de San Memmio de Chalons. Por su desinterés dejó el gobierno de estos dos monasterios; mas por la escasez de buenos sugetos y por su prudente economía le buscaron para la abadía de San Flay ó San Germer, en la diócesis de Beauvais, reducida á la indigencia, y casi sin edificios algunos. En poco tiempo, no solo la restituyó á su primer bienestar, sino que halló modo de juntar abundante cantidad de granos y frutos, los que distribuia á los que tenian necesidad, y asi desterró la miseria de todo aquel territorio. Por el amor al bien público le dió tambien el emperador la abadía de Luxeu y la de San Vandrillo que Eginardo acababa de renunciar voluntariamente. De este modo tuvo Ansegiso á un mismo tiempo tres abadías, y todas las puso en mejor estado que el que tenian cuando las tomó. Fué tanto el bien que hizo en Fontenelle, que le comparaban á San Vandrillo y á San Anberto.

(1) Vit. S. Anseg. t. 5; Act. Ben. pag. 630.

Se llevó allá algunos religiosos de Luxeu, consumados en la virtud, para restablecer la regularidad, que habia decaido al mismo tiempo que los edificios y la subsistencia temporal que la dureza de algunos abades antecesores suyos habia negado á los monges. Proveyó magníficamente á sus tres monasterios de vasos sagrados y de toda especie de ornamentos de iglesia, y sobre todo de buenos libros, y en particular de las obras de los Padres.

En esto era en lo que con mas gusto gastaba Ansegiso, en quien con los talentos económicos se veia tambien el amor á las ciencias. Pensó en juntar en un cuerpo de obra los capitulares de Carlo-Magno y de Luis el Piadoso, que hasta entonces habian andado en pliegos sueltos; y como el emperador Luis le empleó en muchas embajadas habia adquirido el discernimiento y las noticias convenientes para ejecutar su proyecto, el cual efectivamente requeria un hombre de Estado. De este modo se hizo en poco tiempo muy célebre la coleccion de Ansegiso, y se la vé citada inmediatamente despues de su publicacion en los capitulares del emperador Luis y de sus sucesores, como coleccion de autoridad pública.

Murió el Papa Eugenio II en agosto de 827, y poco tiempo despues, probablemente en el mismo mes, le dieron por sucesor á Valentin, arcediano de la Iglesia romana, entronizándole contra la costumbre antes de consagrarle. Con la misma prisa le consagraron obispo, despues de haberle ordenado de sacerdote; por mas que digan algunos autores poco reflexivos en este punto, y confundidos de antemano por Ratramo de Corbia, el que refutó en su tiempo esta imputacion de Focio (1). Creian deber colocar cuanto antes en la cátedra de San Pedro

(1) Ratram. C. graec. oppos. lib. 4, cap. 8.

un Pontífice muy querido del pueblo, y á quien siempre tenia consigo el último Papa; mas no tuvo tiempo para satisfacer las grandes esperanzas que se habian concebido de su mérito, porque pocos meses despues de su eleccion. Vacó luego la Santa Sede por bastante tiempo, y verosimilmente hasta el siguiente año, en el que quedó elegido Gregorio IV, sacerdote del título de San Marcos, y desde luego le entronizaron; mas para ordenarle tuvieron que aguardar al enviado del emperador, á quien sin duda no agradó la precipitacion con que procedieron á favor de Valentin; bien que el nuevo Pontífice se opuso en cuanto pudo á su propia elevacion, y fué preciso sacarle por fuerza de la Iglesia de San Cosme y San Damian, en la que buscó asilo su humildad. Duró su pontificado unos quince años, y en ellos se ofreció mas de una ocasion de conocer que su aversion á las grandezas no le hacia menos apto para las cosas grandes.

No contento con decorar las iglesias con toda la magnificencia de sus predecesores, dueños ya de buena parte de la Italia, hizo fortificar la ciudad de Ostia en la embocadura del Tiber contra las correrías de los sarracenos que saqueaban todas las ciudades y las costas vecinas. Los musulmanes de España, viéndose cada dia mas estrechados por los cristianos de Asturias, habian llevado sus colonias hasta las islas de Grecia donde no encontraron resistencia alguna, y habian desembarcado en muchas sin haber un navío que se les opusiese. Habiendo reconocido el buen terreno de Creta, resolvieron conquistarla ó morir allí hasta el último (1), y así que desembarcaron hizo su comandante quemar todos los barcos para que por fuerza siguiesen en su resolucion. En el sitio llamado Candax edificaron una ciudad que dió su

(1) Post. Theoph. lib. 2 num. 21 pag. 46.

nombre de Candia á toda la isla. De allí la recorrieron triunfantes sin dar á los naturales tiempo para respirar, y de tal modo se hicieron dueños, que de treinta poblaciones que sujetaron solamente la de Gortina conservó sus costumbres y su Religion. Cirilo, que era su obispo, padeció un glorioso martirio porque no quiso dejar su fé (824).

Por otra parte, los musulmanes de Africa invadieron la Sicilia, como en otro tiempo la España, merced á la incontinencia y traicion de un mal cristiano (1). Eufemio que en esta bella provincia (sujeta á los emperadores de Constantinopla) mandaba algunas tropas, se enamoró de una religiosa, la sacó del convento, y se casó con ella con escándalo de todo el mundo. Los hermanos de aquella doncella deshonrada llevaron sus quejas al emperador Miguel el Tartamudo, que en este artículo no era escrupuloso, como que habia cometido una disolucion semejante cuando se casó con Eufrosina, nieta de la emperatriz Irene, y religiosa en la isla del Príncipe. Pero este emperador, mirando su hecho escandaloso como prerogativa de su rango, quiso castigar en otro lo que él hacia, y envió orden al gobernador de Sicilia, para que castigase á Eufemio con todo el rigor de las leyes y le marcasse con una nota infamante cortándole las narices. Llegó á saber Eufemio esta noticia, y asegurándose de parte de las tropas resistió al primer esfuerzo del gobernador, y despues se retiró con el emir de Africa, y como si el descaro die- ra derecho al imperio, no siendo este atrevido mas que capitán, tuvo valor de pedir al príncipe moro el título de emperador con algun auxilio, y le prometió hacerle dueño de la Sicilia, y pagarle un gran

(1) Post. Theoph. lib. 2, num. 24; Chron. Cas. lib. 1 cap. 11.

tributo. El emir, que no deseaba sino envilecer la potestad imperial, le concedió cuanto pedia. Fué el rebelde á presentarse á Siracusa con un ejército de mahometanos y las insignias de emperador. Asesinaronle poco despues, y se quedaron los árabes con la Sicilia (827), desde donde verificaban muchos desembarcos, ya en la Calabria, ya en Lombardía; esto es, en toda la Italia, así en la del imperio de Oriente, como en la del de Occidente.

Para hacer frente á sus correrías, y asegurar la embocadura del Tiber, por donde podían abordar con mas facilidad, emprendió Gregorio IV una obra mayor que cuantas habian hecho sus antecesores: reedificando para la pública seguridad la ciudad de Ostia enteramente arruinada. Convirtiéndola en una ciudad enteramente nueva, la reedificó del todo, la llamó Gregoriópolis, cercóla de murallas mas altas y de fosos mas profundos que antes, la puso buenas puertas guarnecidas con rastrillos, máquinas de arrojar piedras, y todos los instrumentos de guerra que entonces estaban en uso.

Los moros habian vuelto todos sus esfuerzos hácia el Oriente, interin las fuerzas de este imperio se ocupaban en la guerra civil entre el emperador Miguel y Tomás, que decia ser hijo de Irene. Cuando Miguel se posesionó del imperio habia llamado los confesores desterrados por su veneracion á las imágenes, sin embargo de que él ó creia lo contrario, ó vivia con una total indiferencia respecto de los principios fundamentales de la Religion, teniendo al mismo tiempo unas supersticiones que rayaban en estravagancia. Cuando juzgó que ya estaba bien afirmada su autoridad, principalmente despues de la derrota y muerte de Tomás (823), se declaró contra los católicos, y se hizo grande perseguidor suyo (1). Dieron setecientos azotes al santo

(1) Post. Theoph. p. 31.

monge Metodio, que despues fué patriarca de Constantinopla y uno de los principales defensores de la sana doctrina. San Eutimio, obispo de Sardis, ya célebre por su confesion y por dos destierros, espiró en los tormentos. Hubo además otras muchas violencias. Para estorbar que se combatiere el error se cerraron las escuelas públicas, y se prohibió que los niños estudiasen, tomando ejemplo de los mahometanos, cuya tiranía no rehusaron seguir en favor de la impiedad que habian aprendido de ellos.

Pero en este nuevo peligro, tampoco fué posible hacer enmudecer á San Teodoro Estudita, á quien habian llamado del destierro como á los demas. Lo primero que hizo al llegar á las inmediaciones de Constantinopla, á donde le habian conducido como en triunfo monasterios y pueblos enteros, fué ir á rendir sus homenajes al santo patriarca Nicéforo, que estaba retirado en su monasterio de Calcedonia, mientras el usurpador Teodoto estaba en posesion de su Silla. A pesar de la muerte de este intruso, no restituyeron la posesion al obispo legítimo, y ocupó su plaza el famoso iconoclasta Antonio de Silea, disfrutándola once años. San Teodoro, de acuerdo con el patriarca Nicéforo y algunos dignos obispos, resolvió escribir al emperador en favor de la buena causa; mas, como afirman los historiadores de aquel tiempo, era hablar á un sordo el pretender convencer á aquel príncipe naturalmente frívolo y que se habia convertido en perseguidor.

En vez de aterrar á Teodoro la persecucion, le tornó mas vigilante en precaver el peligro de la seduccion con instrucciones y cartas elocuentes. No cesaba de inculcar á todos los fieles estas reglas fundamentales de la sana creencia: «Que no se trataba ya de conferenciar con los hereges declarados, como todavia se proponia, ni de acomodamiento político en una materia

superior á todo poder humano; que no se trataba de asuntos temporales en que pudiese juzgar el emperador, sino de la doctrina celestial confiada á solos aquellos á quienes se dijo: *lo que vosotros atareis sobre la tierra será atado en el cielo*; que es decir, á los Apóstoles, y á sus sucesores los obispos, y en particular al de Roma, que es el que tiene la primera Silla, y despues á los de Constantinopla, de Alejandría, de Antioquía y Jerusalem: que estos cinco gefes componian la fuerza de la Iglesia, y debian estar al frente de todos los juicios sobre los divinos dogmas: que el deber de los soberanos y el de los magistrados consistia en prestarles su auxilio para poner en ejecución sus juicios; que el modo de proceder canónicamente era reunir los príncipes de la Iglesia con los que defendian unánimemente la verdad, y si no era posible tener legados del Oriente, no habia la misma imposibilidad respecto del Occidente; y que aun cuando estos no concurriesen á la junta, no dejaria esta de sentenciar válidamente en virtud de las cartas sinódicas que recibiria la primera Silla; y que si no se podia celebrar la junta, era necesario enviar de una y otra parte á Roma, madre de todas las iglesias, en donde Pedro presidió el primero, y de allí se recibiria la decision cierta de la fé, como en todos tiempos se ha practicado.

Hé ahí los últimos monumentos de la generosa actividad de San Teodoro, que por último espiró, consumido de trabajos y padecimientos, á los sesenta y siete años de su edad (826). Consérvase de él un testamento, en el que despues de su confesion de fé prescribia á sus discipulos y á los abades sus sucesores algunas reglas que á lo menos nos declaran la idea que aún se conservaba en Oriente de la regularidad monástica. «No tendreis, dice al abad, cosa alguna como propia, ni aun una sola pie-

za de moneda: no dareis los bienes de vuestro monasterio á vuestros parientes y amigos; todo debe ser para vuestros hermanos y vuestros hijos espirituales. No tendreis esclavos ni para vuestra persona, ni para la comunidad, porque son hombres hechos á imágen de Dios como nosotros. Caminareis á pie á ejemplo de Jesucristo ó montado en un asno. No tolerareis entre los hermanos propiedad alguna ni aun de una aguja: saldreis rara vez, y no abandonaréis vuestro rebaño como no os obligue la necesidad. No contraereis amistad con religiosa alguna ni entrareis en sus monasterios; no abriéis el vuestro á las mugeres, ni hablareis con alguna sin la presencia de dos testigos de una y otra parte, y si pudiera ser sin verla. No procurareis tener en particular tal compañero de celda, sino que os servirán diferentes hermanos. No se atesorará metálico en el monasterio, y se dará á los pobres todo lo sobrante de cualquier especie que sea. No hareis nada en lo espiritual ni en lo temporal por vuestro propio juicio, sino que siempre tomareis consejo de dos ó tres personas de las mas instruidas, segun fuese la materia.» Tambien legó el santo abad á unas religiosas que se la pidieron una instruccion sumaria en estos términos: «No forméis vuestro corazon por la vida tibia de la mayor parte de las religiosas que os rodean, y que no lo son mas que en el nombre, sino que asi como los grandes pintores no imitan sino las bellezas de la antigüedad, asi tambien vosotras modelaos por los originales de la santa antigüedad que tenéis á mano.»

Pocos años despues que San Teodoro Estudita, murió en su retiro el patriarca San Nicéforo (828). Entre los escritos que le hacen ilustre, juntamente con la constancia en la fé y en la práctica de todas las virtudes, le somos deudores de una historia compendiosa de unos dos siglos; esto es,

desde la muerte del emperador Mauricio hasta el tiempo de Irene.

Entretanto el emperador Miguel, no obstante su indiferencia en punto de Religion, ó por mejor decir, á pesar de su religion monstruosa y muy semejante á la de Constantino Coprónimo, á quien parecia haberse propuesto imitar, pretendió colorear la tiranía que egercia con sus súbditos ortodoxos, intentando ponerlos en contradiccion con los de la iglesia de Francia (824). A pretexto de confirmar la alianza entre los dos imperios envió embajadores á Luis el Piadoso, con una carta que tenia esta inscripcion: «Miguel y Teófilo (este era su hijo asociado al imperio), fieles á Dios, y emperadores de romanos, á nuestro querido y honrado hermano Luis, rey de los franceses y de los lombardos, llamado su emperador (1).» Despues de afirmar que deseaba conservar la paz con los franceses, quiere justificar las violencias que cometia con los católicos de Oriente, y cuenta muchas prácticas verdaderamente supersticiosas é inescusables para hacer aborrecibles á todos los ortodoxos, acusándolos generalmente de ellas. Asi el espíritu de la heregía, que siempre va guiado del espíritu de la mentira, no tiene mas recurso que invenciones calumniosas, ó las imputaciones generales cuando solo se trata de algunos abusos privados y casi inevitables en las cosas mejores. Este emperador instruido de las preocupaciones que en esta materia habia en Francia, procuraba aumentarlas. Tal maniobra era la mas á propósito para prolongar allí las disposiciones poco favorables que habia respecto del último Concilio de Nicea, al que Miguel llamándole concilio local, así como al Concilio iconoclasta de Constantino Coprónimo, parecia autorizarse con algunos doctores de la Grecia, aun de los mas católicos, y prin-

cialmente con San Teodoro Estudita, que se habia servido de esta espresion. Con efecto, la falta de adhesion de una porcion tan considerable de la Iglesia como el imperio francés y algunas otras naciones del Occidente, fué causa de que durante mucho tiempo lo mirasen algunos como aquellos Concilios ecuménicos que adquirieron la autoridad de tales, y sobre todo el nombre de tales, con la aceptacion subsiguiente de las diferentes iglesias.

Juzgando el emperador Luis que todo lo pondria en paz, reunió el año 825 en su palacio de Paris los hombres mas sábios del reino, con el fin de aclarar la cuestion, bien que la decision de estos se habia de remitir á la Cabeza de la Iglesia (1). Los prelados que se reunieron hicieron mas de lo que se les pedia; y gobernándose por el falso informe de los griegos, y en la ignorancia en que estaban de los hechos, condenaron indistintamente el conciliábulo de Coprónimo y el sétimo Concilio; y hasta desechaban, á lo menos de palabra, todo culto dado á las imágenes; pero al mismo tiempo en el hecho y la práctica las veneraban, disponiendo que se las colocase con honor en las iglesias, así para que sirviesen de adorno como para que recordasen á los fieles las virtudes de los Santos que las imágenes representaban. Todavía no estaban de acuerdo entre sí los diferentes doctores en el modo de esplicarse, porque los mas ilustrados, que eran los mas, decian que se les debía conceder alguna especie de honor; de manera que parecia esluian solamente el culto escesivo que por mal informados suponian que los griegos tributaban á las imágenes. Asi los Sumos Pontífices usaron de prudente economía, y procuraron atraer con suavidad aquellos doctores preocupados á las observancias recibidas en la

(1) *Post. Theoph.* 4, lib. 2, n. 10, pag. 44.

(1) *Conc. Gall.* cap. 7, pag. 109.